



## IMPRESIONISTAS

EN la nueva generación que de pocos años acá bulle por los periódicos, hay muchos jóvenes listos, aplicados y modestos, corriente; pero hay otros, y no son pocos, que no hay quien los aguante: son audaces, presumidos, irrespetuosos, afrancesadillos, habladores y huecos como ellos solos. Han oído que hay muchas reputaciones mal adquiridas en las letras, y sin más que esto, se ponen á despellejar y á tratar tú por tú á los mejores literatos; como no tienen criterio y gusto suficientes para distinguir el oro del oropel, no reconocen el metal precioso en ninguna parte y traen del café un escepticismo y una *nonchalance*, como dicen ellos, que apestan. Algunos se meten á políticos ¡allá vayan ellos! y con gran desparpajo insultan, con frases á *la Rochefort*, al Rey ó á la Reina, y desprecian la religión y todo lo tradicional, entre una cita de vaudeville y un trocito de *cante*; ó si les da por ser hombres de orden y de gobierno, se hacen monárquicos y se ríen de la



libertad y de la república, y del derecho y la democracia como de antiguallas despreciables, y citan autores nuevos que prohíben el ser liberal. Tocante á personas, desprecian á nuestros más esclarecidos demócratas diciendo de ellos que están *surannés* y *mandados retirar*.

Pero, en fin, esos son políticos. Hoy por hoy, éstos no me importan. Hablemos de los *literatos*.

No escriben largo; nada de libros; dicen que no tienen tiempo para esto (ni tiempo ni editor). Son *impresionistas*; *sorprenden* la realidad en la calle y la copian en un dos por tres.

Lo que nunca *sorprenden* es el castellano.

¡Qué manera de escribir! Esa realidad que copian, á lo menos, habla en español; pero ellos... ¡Virgen Santísima!

También han oído que se debe despreciar la frase hecha, el giro manoseado, y se dan á inventar y á despreciar lo que ellos llaman *convenciones gramaticales*.

Por lo general escriben semblanzas, cuentos y fantasías.

En las semblanzas caen siempre en el pozo á que van á dar los que no saben escribirlas; la comparación odiosa.

No saben alabar á un escritor, sino insultando á los demás del oficio; erigen en regla absoluta los actos de su *héroe*, y por este camino acaban poniendo en ridículo al que quieren ensalzar. Pero su fuerte es el cuento.

¡Qué cuentos nos han contado estos muchachos, de tres ó cuatro años á esta parte!

Algunos de esos señoritos, los más listos, traducen bonitamente, sin decirlo por supuesto, alguna cosilla de Coppé ó de Guy de Maupassant, ó de cualquier otro francés, y ponen toda su originalidad en cambiar los nombres y lugares, diluir el efecto y estropear el lenguaje, que, sin llegar á ser español, deja de ser francés propiamente dicho.

Aquí, si no fuese por no avergonzarle, podría yo citar el nombre de uno de esos cuentistas, de los más fecundos, acompañado de los cuentos que ha *vertido* al *vol-á-puk* sin decir «este cuento no es mío.»

Lo que sí haré, será advertirle, como se usa con los suscritores morosos, que si no deja ese vicio feo, sacaré su nombre y apellido á la *pública expectación*.

Otros, sí, son originales, originalísimos. De cualquier cosa hacen un cuento... Les gusta lo vulgar.

Su héroe ó heroína suele ser «un hombre ó una mujer *como todos los demás*.»

Después resulta, sin querer el autor, que no hay nadie que sea así.

Entre estos escritorillos, los más dignos de atención son los *estilistas*; los que *pintan* con la pluma. Los tales no necesitan argumento, ni Dios que lo fundó. Nada, nada; color y más color.

Para ser tan *colorados*, lo primero que necesitan es romper con el Diccionario. Y rompen. Y con la gramá-



tica y con la lógica. Y rompen también. Rompen con todo.

No se salva más que alguna que otra *francesada*.

Los que citaba antes, los que tienen *argumento*, suelen empezar por el medio del cuento.

Le encuentran á esto mucha gracia.

Modelos del género: «I. Pepito se decidió aquella noche.» Otro: «I. Decididamente, la marquesa no podía dormir.» Otro: «I. Le estaba esperando,» etc., etc., etc.

Los coloristas empiezan siempre describiendo el medio ambiente. Como dicen que el castellano está sin hacer, que no sirve para pintar, inventan verbos, adjetivan los sustantivos, traspasan el sentido moral de una palabra á las cualidades de la materia...; todo á la francesa, y como el diablo les da á entender.

Pero el pali que se hace muy largo, el asunto es inagotable, y tengo que hablar de otra cosa. Se continuará.



Ahora tengo que hablar de un cuento titulado «Identificación» (¡qué raro! ¿eh?), que no es, por cierto, de ninguno de esos juvenes audaces y coloristas de quienes acabo de decir pestes, sino del conocido escritor público D. José Siles, el cual tanto se ha distinguido en los Lunes de *La Época*, que también tiene lunes. La *Identificación* del Sr. Siles comienza así: «No tran-

sitaba nadie por la calle. Como vigilantes centinelas de las *casas dormidas* (1), los faroles *del gas se alineaban levantando* sus llamas oscilantes á la altura de las *primeras ramas de los árboles*. Ningún reloj público se oía *allí*. *Tampoco* se veía, *siquiera embutida* en el hueco de una puerta, la *nocturna persona* del sereno.» ¡Qué serenidad!

A mí ahora se me ocurre... un poema de comentarios y otro de dudas... pero los dejo inéditos. Y prosigo... Prosigo con la serenidad imperturbable de una persona nocturna:

«Pero la persistencia del silencio, la falta de *paso*, y esa *singular* frialdad de la atmósfera en *horas próximas* á la del alba, eran indicios de que en aquel momento estabase bajo el influjo soñoliento de la madrugada.»

Ni Dios (y ustedes me dispensen) averigua qué hora era. Era una hora soñolienta; cuál, no se sabe.

El parrafillo peca por falta de paso; quiero decir, que no puede pasar.

«La calle era ancha, de edificios modernos, surcada á lo largo por las férreas líneas del tranvía, entonces, por lo *solitarias, excesivamente* visibles en su extensión toda.»

*Excesivamente* mal.

«Los edificios, no obstante la escasa é *intermitente* claridad, mostraban las *brillanteces* (bastaba brillantez,

(1) El que subraya soy yo.



señor Siles) de barniz de un barrio nuevo. *Con efecto* (divino), una de las extremidades de la calle iba á *perderse* en el campo.»

Con efecto, la consecuencia es preciosísima. Se conocía el *barniz de barrio nuevo*... en que la calle iba á *perderse* en el campo. No veo el barniz.

Según el Sr. Siles, todos los barrios nuevos van á perderse en el campo.

A las filas de los faroles las llama el Sr. Siles «el hormiguelo de oro que en dos ordenados cordones *atravesaba* la calle.»

Se necesita imaginación para comparar dos filas de faroles con un hormiguero; pero, en fin, pase; lo que no puede pasar es que los faroles de una calle, que la siguen á lo largo, la atraviesen. El Sr. Siles estoy seguro que no sabe lo que es atravesar.

«Cualquiera creería que el hombre aquel era un mendigo con su zurrón al hombro, llegando *vergonzosamente* á la corte desde un pueblo inmediato.»

¿Precisamente inmediato, Sr. Siles? Y además, ¿por qué se había de creer todo eso al ver á un hombre que venía con un saquito al hombro?

«En realidad, su andadura era como de cuerpo cansado.»

«Una valla de madera cerraba el vacío.»

¡El vacío! De modo que si usted entra en lo maravilloso, yo le dejo á usted..

Por lo que se ve, el Sr. Siles es también un impresio-

nista, pero no como los que antes describía á grandes rasgos, sino mucho más digno de consideración y respeto. El Sr. Siles *irá lejos*, como dicen ellos. Es capaz de ir á perderse en el campo, gracias á su barniz de barrio nuevo. Quiere esto decir que con la novedad y las *brillanteces* de su estilo se llega á cualquiera parte.





## ¿SUSCRIBIRME?

**H**ACE unos días que recibo el periódico titulado *La Unión*, sin comerlo ni beberlo, sin que yo haya almorzado en ninguna sacristía con el papel mestizo, ni dado motivo para semejante confianza.

Me pasa lo que al sargento de orden público á quien suscribieren á un periódico militar sin su permiso. A mí no creo que me hayan suscrito todavía á *La Unión*; pero de todas maneras, la broma de recibirlo todas las mañanas es algo pesada.

Después tiene usted la cuestión de moralidad. Yo soy padre de familia, señores, y no me gusta que entren en mi casa ciertos papeles corrosivos. Pueden leerlos las criadas y convencerse de que los liberales somos dignos de exterminio, como predica *La Unión*, y envenenar el puchero ó sisar para el Dinero de San Pedro; el hermoso dinero, como lo llama el Papa en carta particular dirigida al Cardenal Moreno (q. e. p. d.).

En cuanto á lo del exterminio, cura canta.



Dice *La Unión* que se ha empezado á publicar un periódico católico titulado *El Pepinillo*, cuyo objeto es emprender una campaña de exterminio contra *El Motín*. Y *La Unión* añade: «Damos la bienvenida al nuevo colega.»

Dar la bienvenida al que viene á *exterminar*, no me parece muy caritativo; pero *La Unión* podrá decir que es muy católico, toda vez que en el mismísimo cielo, con ser cielo, hay un Angel Exterminador.

Por lo demás, *El Pepinillo* no trae ninguna novedad á lo que llaman en las aldeas todavía el estadio de la prensa. Pepinillos mucho más considerables que él, tanto que eran como calabazas, se han propuesto exterminar á *El Motín* metiéndole en la cárcel y metiéndole la mano en el bolsillo, no para robarle, eso no (¡guarda, Pablo!) sino para sacarle la multa que por clausificación le correspondía.

Pero, entrando en otro género de consideraciones, ¡qué *descaecido* (clasicismo barato) anda el respetable gremio de sacristanes!

En otro tiempo, ó mejor diré, *in illo tempore*, se batían contra la herejía, la impiedad, etc., etc., el Aguila de Meaux, vulgo Bossuet, Fenelón, Suárez, Vives, genios y talentos insignes... ¡Y ahora viene *El Pepinillo* á defender la religión de sus mayores!

*El Pepinillo*... última *ratio stultorum*.

Sin dejar el terreno de la pura idealidad religiosa, paso á considerar otra noticia de *La Unión*, que se refiere al inmenso júbilo que á estas horas debe de llenar el alma del señor tesorero de la Juventud católica, don Jose González Baides.

Es claro que este hijo predilecto de la fortuna, este *enfant gâté* de la gracia (y tómesese aquí la gracia en sentido teológico, no en sentido andaluz), este portento de buena sombra, como ahora dicen los oradores parlamentarios de fácil cobro, este... Sr. González, en suma, ha tenido la dicha...

Pero dejemos al cantor de tan excelsa aventura su propio estilo: «Tuvo la honra (siempre el Sr. González, el tesorero) de poner á S. E. (el cadáver del Cardenal Moreno, que es, por lo visto, un cadáver con tratamiento) los dos palios que usó como Arzobispo de Valladolid y de Toledo. ¡Los dos palios! ¡Los puso él, el tesorero, el González, los dos palios!

Aquí no se sabe qué admirar más, si los palios, ó la serenidad del tesorero que se atreve á ponerle un par de palios á un Arzobispo difunto.

Para ser digno de eterna loa, ó de eterno loor, como él quiera, no le faltaba al Sr. González más que un poco de modestia. ¡Qué diablo! ¿Quién le ponía un puñal al pecho para que contase al público su hazaña? ¡Sienta tan bien la modestia en el genio! ¿No le bastaba al señor González la satisfacción de su conciencia?



Prosigue *La Unión* su servicio fúnebre de primera clase, y dice que todas las parroquias han ido con manga alzada á orar ante el cadáver de Su Eminencia.

Permítame *La Unión* que le diga que aquí comete una sinécdoque, porque las parroquias no pueden orar, de modo que *La Unión* toma la parroquia por el párroco. Y tenemos que eran los párrocos los que iban con manga alzada á orar ante el cadáver de Su Eminencia.

Otra noticia de *La Unión*:

«Entre las personas que hemos visto *este mediodía* (1) orando junto al cadáver de Su Emma. (¿qué Emma. es esa?) se hallaba el Sr. D. Eduardo Palou, catedrático de la Universidad de Madrid.»

Hasta ahora no había invadido el noticierismo la vida piadosa. ¡Ya no se puede ni rezar en paz!

Advierta *La Unión* que por ese camino no se va á la humildad cristiana, ni á lo de que no sepa una mano el bien que hace la otra.

El mejor día nos sorprende el periódico de la manga ancha (y alzada) con una crónica religiosa firmada por Almaviva, en que se diga, v. gr.:

«Ayer rezaron un rosario con coronilla y sendos padrenuestros á las cinco llagas, las señoras de Lamelirostro; la mamá recitó los actos de fe con la unción

que tanto la distingue. Cuantos asistieron al rosario, rogaron á la de Lamelirostro que se repitiera á menudo tan agradable y edificante fiesta.»

«Los marqueses de Gazofiláceos se quedarán en casa el viernes próximo y se cantarán vísperas y maitines. No faltaremos.»

¡Dios mío! ¿Qué tiene Vuestra Divina Majestad que ver con *La Unión*, los palios del tesorero, ni las mangas más ó menos levantiscas?

Ahora dos leccioncitas á *La Unión*:

No se dice *impugnemente*.

Ni en castellano se llama *Gènes* á Génova.

Es todo lo que se me ocurre contestar al Sr. Administrador del diario mestizo que me pregunta si quiero suscribirme á *La Unión*.

No, hombre, no: ¡qué he de querer!

Ya estoy suscrito á la bula.

¡Cosas de la familia!